

do aquel que vela por la conservacion de este reino cristianísimo, cámbia el corazon del hijo de San Luis. Enrique IV renuncia á la heregía antes de entrar á París: él hizo la abjuracion solemne de los errores á que habia estado adherido en la Iglesia de San Dionisio, en manos del arzobispo de Burgos, asistido de un gran número de prelados: hizo su profesion de fé en estos términos. “Yo prometo y juro en presencia del Dios Todopoderoso, vivir y morir en la religion católica, apostólica y romana, protegerla y defenderla á costa de mi vida; y renuncio todas las heregías contrarias á su doctrina.” Antes de su retractacion, Enrique IV habia hecho reunir á los ministros protestantes para preguntarles si ellos creian que se podia uno salvar en la Iglesia romana: se vieron obligados á convenir, segun sus principios, en que sí se podia. “¿Qué razon teneis, replicó el rey, para haberla abandonado? Los católicos sostienen que no se puede uno salvar en la vuestra; vos convenis en que sí puede salvarse en la de ellos; el buen sentido pide que yo tome el partido mas seguro y que prefiera una religion, en la cual, segun confiesa todo el mundo, yo puedo conseguir mi salvacion.” Enrique IV sentado sobre el trono, no pensó mas que en reparar las pérdidas del estado y de la Iglesia. Volvió á llamar á los Jesuitas espatriados por decreto del parlamento: estinguió las discórdias, apaciguó las disensiones civiles, é hizo, durante todo su reinado, la felicidad de sus vasayos. Feliz príncipe si la vivacidad de sus pasiones no hubiera manchado la pureza de sus costumbres, y si no hubiera encontrado la muerte bajo el puñal de un asesino!

(AÑO 1622 DE JESUCRISTO.)

SAN FRANCISCO DE SALES.

LA Iglesia recogia los frutos del santo concilio de Trento, mientras que la heregía separándose mas y mas de la fé católica, se precipitaba en todos los errores y abrazaba una despues de otra, las doctrinas mas opuestas y contradictorias. Ella criaba tantas sectas cuantos eran los hombres turbulentos é inquietos que se encontraban en su seno. Cada dia veia salir nuevas profesiones de fé, y las continuas variaciones de los protestantes hacian ya preveer que llegaria un tiempo en que no tendrian mas que la apariencia de cristianismo y un vano simulacro de religion. Las turbaciones y la division reinaban en el seno mismo de sus conciliábulos, y la reforma abrazada para restablecer la pureza de las costumbres y de la fé, ocasionaba continuos trastornos y escándalos. Pero dejemos á la heregía que entregada á sus propios furores se desgarré á sí misma; no hablemos ni de los Anabaptistas, de los Adiaforitas, de los Libertinos, de los Menonitas y Socinianos, sectas horrorosas de las que el mismo protestantismo se ha avergonzado, y pongamos nuestra vista sobre esta imagen viva del Hijo de Dios conversando con los hombres sobre este ilustre obispo de Ginebra, Francisco de Sales, cuyo nombre jamas puede pronunciarse sin recordar la virtud mas pura y la alma mas bella. Nació cerca de Ancy en Savoya en 1567, y debió á la piedad de su madre una educacion cristiana, y las primeras se-

millas de tantas virtudes, como bien pronto veremos nacer y desarrollarse. El conde de Sales, padre de Francisco, lo envió á terminar sus estudios á París, siendo aun jóven: en medio de la corrupcion de una córte y de los escollos que rodean á la juventud, supo preservarse del contagio general, y su permanencia en esta capital en nada disminuyó ni su regularidad ni su fervor: que sin embargo sufrieron mas de una vez pruebas muy duras. Se dice que perseguido de una horrorosa tentacion contra la esperanza, Francisco de Sales se creyó por mucho tiempo reprobado de Dios y destinado á las eternas llamas. ¡Qué suplicio para un corazon tan puro y que servia á Dios con tanta fidelidad! Con este amargo y vivo pensamiento, pasaba los dias y las noches llorando y quejándose; nada calmaba sus vivas inquietudes, ni en nada tenia seguridad, cuando un dia postrado á los piés de una imágen de Maria Santísima, y oprimido mas que nunca por la imoportuna idea de su destino futuro; hizo á Dios esta tierna y fervorosa súplica. “Dios mio, si yo he de tener la desgracia de aborreceros eternamente, haced al menos que sobre la tierra yo os ame con todo mi corazon.” Apenas habia acabado este heroico acto de amor; cuando un rayo de esperanza comenzó á renacer en su alma, y su oracion fué recompensada con haber quedado libre de la mas cruel de todas las tentaciones. Francisco de Sales dejó á París á la edad de diez y siete años, para dirigirse á Pádua, en donde por espacio de algunos años estudió con el mayor aprovechamiento el derecho y la teología: recorrió despues la Italia, visitó por órden de su padre los monumentos mas cu-

riosos, y volvió con todas las virtudes y grandes conocimientos al seno de una familia de la que era el ornato y toda la esperanza. Le instaban á que se estableciese y admitiese un empleo de senador en el senado de Chamberi: rehusó este honor y declaró que ya estaba tomada su resolucio: que él queria consagrarse á Dios en el estado eclesiástico. Al principio se opusieron á su designio, representándole los intereses de su ilustre casa y las brillantes esperanzas que él podia concebir; pero al fin despues de algunos combates y largas oposiciones, obtuvo el consentimiento del conde de Sales. Sigámosle ahora en esta nueva carrera, evangelizando á los pobres, convirtiendo á los hereges, y difundiendo por todas partes el suave olor de las mas puras virtudes. El calvinismo se habia apoderado de una parte de la Savoya, y estos pueblos ignorantes y groseros lo habian abrazado con ardor. Francisco de Sales comenzó las funciones de su ministerio, combatiendo la heregia: recorrió el Cablais y los paises vecinos, y en pocos años todo lo que era de protestantes se convirtió en paises católicos: nada resistia á la dulce persuacion de las palabras del Santo. Setenta mil hereges volvieron á entrar al seno de la Iglesia: él los ganó, tanto por el ejemplo de sus virtudes y su singular dulzura, como por la fuerza de sus discursos. Elevado al arzobispado, algunos años despues de su promocion al sacerdocio, no se debilitó su celo: trabajó en la conversion de los hereges del pais de Gex, y sus esfuerzos fueron recompensados con el mas feliz écsito. Los soberanos pontífices le escribieron, elogiando sus trabajos, y los principes de la tierra le dieron repeti-

das veces, lisongeras manifestaciones de su estimacion. Enrique IV le ofreció una pension y un obispado: Cristina, de Francia, que á fuerza de instancias y de súplicas consiguió tenerlo por su limosnero, lo honró con una benevolencia particular, y el duque de Savoya, su soberano, aprovechaba todas las ocasiones para hacer notoria la estimacion que tenia al mas santo y al mas ilustre obispo de sus estados. El episcopado de San Francisco de Sales, fué una série continua de obras de caridad, y de trabajos apostólicos: reformó su clero; visitó su diócesis, evangelizando en los poblados y villas, atravesando con peligro de su vida, los mas rápidos torrentes, y trepando con trabajo las mas inaccesibles montañas: hablaba á los paisanos y á los pobres con una bondad paternal, tan afable, que le ganaba todos los corazones: se complacía en enseñar por sí mismo los primeros elementos de la doctrina cristiana á los niños: animaba sus esfuerzos y sostenia su valor: á todo se estendia su celo, y no podia desalentarse ni por la multitud de los obstáculos, ni por las muchas ocupaciones. Trabajó en el establecimiento de la órden de la Visitacion: él mismo formó el corazon de aquella ilustre Señora, con la que puso los primeros fundamentos; la dirigió en su conducta, y trazó las reglas santas de esta nueva órden: tantos trabajos no absorbian, sin embargo, todo su tiempo. Los santos saben disponer con órden sus asuntos: le quedaba bastante para ocuparse en la composicion de muchas obras: aqui es en donde se manifiesta todo el espíritu de S. Francisco de Sales: sus escritos respiran dulzura y caridad: no se pueden leer sin amar la piedad; jamás parece la vir-

tud tan bella, como cuando él la pinta, ni la religion tan dulce, como cuando quiere hacerla amable. Este grande obispo, despues de una vida enteramente apostólica, fué quitado á su rebaño y á la Iglesia, en una edad poco avanzada. Murió en Lyon, en 1622, y recibió los honores de la canonizacion, treinta y cuatro años despues de su muerte.

ESTADO DE LA RELIGION EN EL JAPON.

LA religion cristiana, predicada en el Japon por San Francisco Javier, á mediados del siglo XVI, habia hecho rápidos progresos. Sesenta años despues de su muerte, se contaban en aquel pais cerca de dos millones de cristianos: casi todos los grandes del imperio eran, ó cristianos declarados, ó sus protectores y amigos: aun algunos príncipes habian renunciado el culto de los ídolos, y se distinguian sobre todos, los de Bungo, de Arima, de Fungo, de Bugen y de Omira, de quienes la fé mas viva y las obras mas edificantes, sostenian á los neófitos. Tan rápidos progresos, hacian creer que solo faltaba una conquista para que todo el Japon fuese cristiano, cuando una revolucion que se levantó en el estado, hizo suceder la persecucion á la calma, y á la paz de que gozaba el cristianismo. Taikosamá, usurpador del imperio, comenzó á perseguir á los cristianos: desterró á los grandes que le eran sospechosos por la generosidad y grandeza de su fé, y fué el primero en derramar la sangre preciosa de los fieles; mas esto no fué mas que como un ensayo de

la bárbara persecucion, cuyos horrores vamos á referir. Todo el que es cristiano perecerá; ninguno escapará del ódio de los perseguidores; ni la ancianidad, ni la debilidad del secso, ni las dignidades mas eminentes, ni los mas distinguidos empleos, podrán librar á los cristianos del último suplicio: la fé de estos héroes será puesta á las mas duras pruebas; y el infierno, que parecia haber agotado su rábía para inventar rigurosos suplicios contra los primeros cristianos, este mismo infierno los inventará aun mas crueles, para triunfar del valor de estos generosos confesores. Los prenden, y no de uno en uno, sino en multitud: se apoderan de sus personas, no con sogas y cadenas, sino con agudos instrumentos que hieren y despedazan sus miembros: los verdugos los arrastran de los cabellos: los derriban de una manera brutal, y los ahogan con sus piés; de esta manera se comenzaban estas escenas sangrientas, de donde no salian victoriosos sino para entrar en una carrera aun mas dolorosa. Primero trataron de degollar á los confesores ó quemarlos; pero á poco estos suplicios parecieron muy suaves y no se les hacia morir, sino despues de haberles hecho sufrir todos los tormentos que inventaba la rábía de los verdugos: se aplicaron con un bárbaro furor á desgarrarlos y atormentarlos: á unos rompian las piernas entre dos postes erizados de puntas de fierro, á otros arrancaban todos los miembros con tormentos lentos y dolorosos. Aquí tendian á los mártires boca abajo, y despues de haberles puesto sobre los riñones enormes piedras, los levantaban con cordeles que atándoles los piés y las manos los doblaban ácia atras y les rompian todo el cuerpo en un

momento: allá legiones de verdugos recorrian las provincias, aplicándose con un horroroso encarnizamiento á aumentar y prolongar los suplicios: introducian lesnas bajo las uñas de los mártires, y se las arrancaban con increíbles dolores: los arrojaban en fosos llenos de vívoras, les introducian por todo el cuerpo agudas cañas, les aplicaban hachas encendidas en las partes mas sensibles; y para desgarrar á un mismo tiempo el corazon y el cuerpo de las madres, se les veia golpearlas con la cabeza de sus niños que ellos tenian por los piés y redoblan con brutalidad á medida que estas inocentes víctimas daban gritos mas agudos. Sin embargo, por grande que fuese la rábía de los verdugos, en lugar de desalentar el valor de los cristianos, parecia que reanimaban su ardiente deseo del martirio: corrian á los tormentos como á una fiesta: tenian como á uno de los dias mas felices á aquel en que debian ser arrastrados al cadalzo: las prisiones resonaban con los cánticos, y las mazmorras mas oscuras se habian convertido en santuarios, en donde no se oian mas que las alabanzas del Señor. Cuando se supo el decreto que proscribia la religion cristiana de todo el Japon, las mugeres se reunian á orar, y se gloriaban de llevar en público alguna señal de la verdadera religion: las niñas hacian voto de pureza, los jóvenes corrian delante de las guardias y se hacian inscribir para ser martirizados: aun los niños viendo en sus padres alguna inquietud por temor de su debilidad, prometian obligar á los verdugos á que á ellos primero hiciesen morir; y para quitar los temores de un padre ó de una madre, se ejercitaban en sufrir y anticipaban con tormentos

voluntarios los suplicios de los verdugos. Dios no abandonó estos generosos atletas á su propio valor: manifestó su poder como en otra vez, por los primeros mártires. Las sogas que ataban á los confesores, fueron destrozadas por manos invisibles, sus espantosas prisiones mudadas en mansiones de delicias, los perseguidores convertidos en fieles ó castigados visiblemente por la mano de Dios.

Pero el fuego de la persecucion iba siempre en aumento, y mientras que quedaban cristianos, parecia que quedaban nuevos suplicios que inventar para hacérselos sufrir. Se vé en las inmediaciones de Nangazaqui una espantosa montaña de donde se eeshalan torbellinos de llamas, aguas infectas y lavas encendidas: concibieron la idea de precipitar á los cristianos en estos horrorosos abismos; pero como hubieran sido sofocados inmediatamente si los hubiesen arrojado allí, no se les sumergia sino ligeramente hasta que por este insoportable suplicio se hubiese triunfado de su constancia, ó se les hubiese dado la muerte en medio de las convulsiones y de la sofocacion: otras veces se contentaban con estenderlos desnudos sobre el borde de estos abismos, y rociarlos despues con aquellas lavas que bien pronto los cubrian de llagas, y los ponian en un estado capaz de horrorizar. Entonces no siendo su cuerpo mas que una llaga, se les abandonaba como cadáveres arrojados al muladar; á este suplicio se añadió la tortura del agua y el tormento del foso. En el primero se obligaba al paciente á que se llenase de agua, y cuando estaba muy lleno de ella, le ponian una plancha sobre el vientre, y andando frecuentemente sobre él, le hacian echar mezclada

con la sangre toda la agua que habia bebido. En el segundo se hacia bajar al mártir con los piés para arriba, en un foso lleno de inmundicias las mas infectas: dos tablas sesgadas que le abrazaban por el estómago, le quitaban la vista y no le dejaban desperdiciar nada del mal olor que se dirigia á su olfato; aquí el generoso confesor sufría continuas sofocaciones: se sentia despedazar los nervios y como arrancar los músculos, la sangre salia por todos los conductos de la cabeza, en tan grande cantidad, que si no hubiera sido por esta sangria, hubiera muerto en pocos momentos; pero en medio de estos detestables consuelos vivian nueve ó diez dias.

Por estas infernales maniobras, se consiguió, en fin, arruinar sin recurso la Iglesia del Japon: todos los misioneros llegaron á ser sucesivamente las víctimas de estas atroces crueldades, y los suplicios no se acabaron hasta que ya dejó de haber cristianos. Los tiranos abolieron hasta los menores vestigios de la religion: á cada uno de los Japones obligaban á llevar un signo exterior del paganismo, y fué prohibida á todos los europeos la entrada á este reino, á escepcion de los holandeses que podian abordar al puerto de Nangazaqui. ¡O profundidad de los decretos de Dios, podemos nosotros esclamar, cuan impenetrables son vuestros caminos! Vos habeis arrancado la llama de la fé de una tierra cultivada con tanto cuidado, tan fecunda en virtudes, regada con el sudor de tantos apóstoles y con la sangre de tantos mártires, y el hombre quiere descorrer el velo á vuestros decretos y penetrar vuestros juicios.

(AÑOS 1630 DE JESUCRISTO.)

PRINCIPIO DEL JANSENISMO.

BAYO, cuyos errores y condenacion hemos referido, habia dejado discípulos que en la oscuridad y el silencio acreditaban su doctrina y propagaban sus destructores sistemas; nos resta manifestar cómo llegaron á propagarlos nuevamente, qué esfuerzos hicieron para sostenerlos, y hacer ver descubriendo su obstinacion, cuán criminales y perniciosas son las innovaciones en materias de fé. Jansenio que dió su nombre á esta nueva heregía, nació en Holanda y bebió en las lecciones de Santiago Janson, doctor de Lavaina, los errores de Bayo: persuadido de su maestro, se inclinó á las novedades que se le habian enseñado como la mas pura doctrina de San Agustin, y se aplicó por el espacio de mas de veinte años á entresacar de los escritos de este gran doctor, algunas autoridades propias para sostener los sentimientos de que estaba ya prevenido. El fruto de sus trabajos y de sus indagaciones fué aquella grande obra que intituló *Augustinus*, como si no contuviera mas que la pura doctrina de este padre: puso á su obra la última mano en 1638, y estaba para publicarla, cuando murió de la peste, dos años despues de su nombramiento para el obispado de Ipres: dejó á algunos amigos el cuidado de dar á luz su obra, y aunque insertó en ella muchas protestas de sumision á la Santa Sede, fueron á la ver-

dad poco sinceras, pues que el autor no podia ignorar que reproduciendo los errores de Bayo, merecia tambien él los mismos anatemas; y así apenas habian pasado dos años solamente despues de la publicacion del *Augustinus*, cuando Urbano VIII condenó la obra como que renovaba los errores del Bayanismo. Esta censura, lejos de contener los progresos del error, irritó el orgullo de los partidarios de las nuevas doctrinas, y los hizo mas obstinados en defenderlas. Cornet, síndico de la facultad de teología de París, habiendo delatado á la Sorbona cinco proposiciones extractadas del libro de Jansenio, y habiéndolas condenado la facultad, setenta doctores se levantaron contra esta censura, y rehusaron someterse á ella: el asunto fué entonces llevado á los obispos que remitieron de nuevo la decision de él á Inocencio X, y el soberano pontífice despues de un ecsámen de mas de dos años condenó solemnemente las cinco proposiciones. Aterrados y vencidos por este golpe que ellos habian querido eludir, los Jansenistas sostuvieron que las proposiciones habian sido condenadas quanto al derecho y no quanto al hecho, es decir como heréticas é impías en sí mismas; pero no como tales en el sentido de Jansenio: vano subterfugio del espíritu del error, y que no sirve mas que para poner en claro la mala fé del Dr. Arnaud y de sus partidarios. En efecto, si esta distincion pudiese admitirse, seria en vano que la Iglesia condenara las heregías, podria uno obstinarse en sostenerlas bajo pretesto de que el autor ha sido mal entendido, y que no se ha tomado el sentido de sus escritos; así para no dejar ningun recurso á los artificios con que

se cubria el error, Alejandro VII por su constitucion de 1656, declaró que las cinco proposiciones *eran sacadas del libro de Jansenio y quedaban condenadas en el sentido del autor*. Oprimidos con esta sentencia y con la adhesion que manifestó á ella todo el cuerpo episcopal, los Jansenistas pretendieron que la bula solo contenia un reglamento de disciplina que no escigia mas que un silencio respetuoso y no la aprobacion interior; y para evitar el suscribir el formulario de fé que fué prescrito en esta época, recurrieron á los equívocos y á las restricciones mentales á que ellos blasonaban tener horror; pero la heregía fué aun perseguida hasta en este último atrincheramiento. Clemente XI por su bula de 1705, declaró que el silencio respetuoso no bastaba para darle á la Iglesia la obediencia que le es debida, y que era necesario aun condenar como herética, y desechar de todo corazon el sentido del libro de Jansenio que ha sido condenado en las cinco proposiciones.

A este grado habia llegado la cuestion del Jansenismo y de su condenacion á principios del siglo XVII. Entonces desconocido, débil y humillado este nuevo vástago de la heregía sacramentaria, se cubrió con las apariencias de la piedad y de una afectacion de severidad y de rigor en la moral, pero bien pronto se estendió, se propagó, hizo partidarios, y aunque el error nada tenga en apariencia de seductor, pronto se vieron corporaciones enteras en el órden seglar y religioso por este espíritu de revolucion y oposicion contra todo poder que es el carácter distintivo del Jansenismo, obstinarse en defender una doctrina que sin embargo no parecia

propia para hacer prosélitos. En efecto, lejos de suavizar el yugo, lo agrava haciendo del tribunal de la penitencia un tribunal de terror y de venganza: no habla mas que de rigores, de austeridades y de privaciones, al mismo tiempo que prueba que todas estas buenas obras son dones de Dios, tan gratuitos, tan independientes de las disposiciones del hombre, como la lluvia lo es de la tierra: habla solamente de caridad, de amor de Dios, al mismo tiempo que lo representa como un Señor cruel y bárbaro que quiere cosechar en donde no ha sembrado, que castiga porque no ha recibido lo que no ha juzgado conveniente dar y aun ha rehusado: quiere esta doctrina que el amor solo y no el temor nos eleve ácia un Dios que niega su gracia, no solo á los pecadores sino aun á los justos, á quienes imputa faltas que les era imposible evitar, á quienes castigará por no haber practicado virtudes que no les era posible practicar, y que no ha muerto sobre la cruz sino para salvar á algunos hombres y no á todo el género humano. Esta es en sustancia la doctrina del Jansenismo, mezcla horrorosa de todo lo que las heregías han tenido de mas desesperado y mas propio para encaminar al vicio: ella no hace del hombre sino un juguete de la cólera de Dios, de la virtud un don que se posee sin mérito, que se adquiere sin esfuerzo, y que se pierde sin que su pérdida pueda llamarse delito: del crimen una fatalidad que no se ha podido evitar, y que solo es una desgracia que nos oprime, un precipicio á que necesariamente somos arrastrados. Así bien pronto veremos las consecuencias funestas de esta peligrosa faccion que nada ha omitido para conmovier la

autoridad de todos los soberanos, apartar de la virtud, alejar de la confianza en Dios, y llevar á la desesperacion.

(AÑO 1660 DE JESUCRISTO.)

SAN VICENTE DE PAUL.

EN pocas épocas de las que se refieren en la historia de la Iglesia Galicana, se vieron tantos establecimientos piadosos, y personajes tan eminentes por la santidad de su vida y ardor de su fé, como á mediados del siglo XVII. Parece que el cielo quiso reunir en estos bellos dias, las mas puras virtudes, como para oponerlas á los desórdenes de la heregía, y hacer conocer que no era en su seno en donde se formaban los celosos misioneros, los santos pontífices y los piadosos fundadores de tantos establecimientos útiles, erigidos en gloria de Dios, y criados para alivio del prójimo. Los Berulles, los Obliers, los Bourdairés, los Vicentes de Paul, y otros innumerables que comunicaron sus sentimientos, y se asociaron á sus trabajos, eran todos hijos de la Iglesia católica; y referir sus virtudes y sus obras, es confundir la heregía, y glorificar á la Madre comun de todos los fieles, que ha recibido de su celestial Esposo la divina fecundidad que siempre le ha hecho engendrar santos.

San Vicente de Paul, el mas ilustre de los hombres santos que en esta época digna de memoria,

honraban á la Iglesia y á la religion, nació en la diócesis de Dax, en 1576, de padres pobres y oscuros, que lo emplearon en su infancia, en guardar rebaños: tuvo despues la fortuna de hacer sus estudios y ser elevado al sacerdocio: poco tiempo despues, volviendo de Marsella á Narbona, cayó en las manos de los turcos, que lo llevaron prisionero á Túnes; pero la Providencia, que tenia sobre él desig-nios de misericordia, lo arrancó pronto de su prision: llegó á convertir á su amo, que era un renegado; y habiéndose escapado ambos sobre un frágil esquife, dejaron la tierra de la cautividad para volver á entrar á su patria comun. Llegado á Francia Vicente de Paul, fué succesivamente destinado en muchos empleos, en los que su rara humildad le hacia ocultar su mérito y encubrir sus virtudes; pero en fin, Mr. de Berulle, habiéndole hecho entrar en la casa de Manuel Gondi, general de las galeras, comenzó á dar mas estension á su celo: estableció al principio las misiones por los campos, y él mismo se aplicó con ardor á esta obra tan importante de su ministerio. Llamado despues á Marsella, á donde el general de las galeras se habia vuelto para cumplir los deberes de su cargo, no pudo ver sin sentimiento el lamentable estado de los galeotes, que castigados por la justicia humana, expiaban sus crímenes sin consuelo alguno, en medio de las blasfemias y de la desesperacion: les prodigó los cuidados de la mas tierna caridad, y se aplicó á suavizar estas almas feroces é infamadas por el vicio: nada le parecia penoso en el ejercicio de este desagradable ministerio: vivía en medio de estos desgraciados para aliviar sus penas y mitigar el rigor de